Ética y Discurso
Ethik und Diskurs
Ethics and Discourse

ISSN 2525-1090
Año 10 (2025)
Sección Reseñas

Revista científica de la Red Internacional de Ética del Discurso
www.revistaeyd.org – eticaydiscurso@gmail.com – Licencia: CC BY–NC-SA 4.0

RESEÑAS

ARK-CAICYT: https://id.caicyt.gov.ar/ark:/s25251090/ie7kyqndr

Alejandro Horowicz (2024). *Lenin y Trotsky. Los dragones de Marx*. Buenos Aires: Crítica.

ISBN 9789874479587 - 448 págs.

por *Marcos Olalla*
Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, Argentina.
marcosolalla@gmail.com
ORCID: https://orcid.org/0000-0003-1111-1067

Presentación[1]

Horowicz es parte de la que, a mi juicio, es una estirpe especial de intelectuales latinoamericanos. No pretendo ofrecer un árbol genealógico de aquella, sino solo indicar, que hay un género de discurso que en estas latitudes ha sido magistralmente desarrollado, como es el ensayo histórico. Es probable que Horowicz sea remiso a comprenderse en esta tradición de la intelectualidad continental, pero sus obras se mueven en la estela de una forma de escritura que desplegaron, a su tiempo, José Carlos Mariátegui y Alberto Flores Galindo. *Lenin y Trotsky: los dragones de Marx* es un texto que expresa cabalmente las principales virtudes de dicho género. Aun cuando

[1] Texto de nuestra participación en el evento "Horowicz visita el paseo de la Revolución. Conversaciones con el autor de *Lenin y Trotsky: los dragones de Marx*", desarrollada el 14 de mayo de 2024 en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

deliberadamente rehúye los protocolos de la escritura académica, el libro constituye un estudio notable por su rigor científico. Se ocupa de la polémica desarrollada por estos "dragones de Marx" entre 1903 y 1917. En el registro que propone el intelectual argentino, la historia intelectual de la revolución vira hacia una modalidad acuciante de reflexión sobre la índole de la derrota de un proyecto político emancipatorio.

> Estamos volviendo a librar batallas que ya se habían ganado en el terreno de los conceptos y la práctica social, pero que se perdieron a resultas de la derrota obrera y popular, del continuo avance de la derecha, de los «olvidos» de académicos y especialistas (11).

En efecto, la historización de este debate funciona como hilo que eslabona una genealogía de la revolución y como plataforma de caracterización de esta derrota, pero también en los múltiples modos en los que ella nos atraviesa, y no solo como militantes, simpatizantes o antagonistas de esta idea, sino como miembros de la especie humana. Una interpretación apenas atenta a los eventos geopolíticos del presente no puede sino convalidar la afirmación de Horowicz que señala que al socialismo no se lo dejará vencer. El precio que el capitalismo está dispuesto a pagar por ello es, sin más, la aniquilación de la especie humana. Con todo, la cercanía en el tiempo y la magnitud de este conflicto se sustraen a nuestra posibilidad de interpretación con el código exclusivamente ideológico. La aparente perplejidad de un sector de la izquierda para comprender las modalidades de articulación entre las agendas progresista -o lo que queda de ella- en materia de política interna, por un lado, y multipolar, en el orden geopolítico, por el otro, es una muestra de ello. El actual desencuentro de estas agendas puede ser iluminado, también, por el texto del intelectual argentino.

El libro de Horowicz construye aquella genealogía mediante un análisis que repone las escenas revolucionarias que van desde la Comuna de París hasta la derrota de la Revolución rusa en manos del propio stalinismo. La polémica entre Lenin y Trotsky permite pensar esta derrota. De la exposición horowicziana resulta muy claro que aquella no se consumó en 1989, sino mucho antes, en la consagración stalinista de la vía nacional revolucionaria. Con el desarrollo de la estrategia del socialismo en un solo país se socavó el que, para Lenin, era el segundo momento del proceso revolucionario: el del impacto de la Revolución rusa sobre Europa, para luego consolidar, en una suerte de vuelta, el socialismo en la propia Rusia, entendida como su tercer momento. Horowicz

explica con hondura las razones por las que ni la segunda ni la tercera instancia se produjeron.

El alcance de los múltiples acontecimientos en los que Horowicz se detiene para auscultar aquella falta es impresionante y, por lo mismo, inabarcable para esta breve reflexión general sobre su texto. Su empresa está a la altura de la premisa con la que Fredric Jameson comenzara su *The Political Unconscius*: "historicemos siempre", como el suelo en el que toda invocación a la revolución obrera, en cuanto concepto, o también, como horizonte de una praxis política, halla su suelo metodológico. Tal vez por ello Horowicz se sacude las múltiples objeciones antiintelectuales provenientes de diversas fuentes teóricas y políticas, muchas de ellas concebidas a partir de demandas atendibles, con su ejercicio puro y duro de la narración histórica, en lo que constituye un despliegue hermenéutico sólido y consistente, destinado a ofrecernos un estímulo que activa un movimiento intersubjetivo de comprensión. No es solo el rigor histórico, en tanto, lo que asegura la eficacia de dicho estímulo, sino sus virtudes literarias. Su escritura es capaz de integrar los distintos planos del fenómeno en su faz política, sociológica, literaria y filosófica, sin que el tono de la descripción histórica pierda su potente centralidad. Tiene el valor de acometer el análisis de un debate olvidado para buena parte de la historiografía académica, tras la bruma de la operación staliniana que Horowicz caracteriza como congelamiento del debate, en virtud de su estabilización en los términos de ortodoxia versus heterodoxia. Esa operación, además, se consuma como un virtual silenciamiento de la voz de Lenin por la vía de la realización de un proyecto editorial de sus obras completas que oficiaba como herramienta de deshistorización de su discurso. La agudeza de Horowicz para desenmascarar la deliberada opacidad de la mediación staliniana de Lenin permite delinear unos de los objetivos más potentes de este texto, como es "restituir la voz de Lenin" (14). La canonización es la forma más eficaz de ensombrecimiento. El flujo de la escritura ensayística de Horowicz ofrece estos análisis -que podrían formar parte de un buen capítulo de la historia cultural de la revolución- sin detenerse en el solaz de la intuición sugerente, sino como estaciones de un curso potente hacia la cosa examinada.

Algunas de esas estaciones convocan categorías filosóficas o escenas literarias que ayudan a comprender el debate olvidado entre estos “dragones de Marx”. Del lado de la filosofía, Horowicz repone el planteo benjaminiano de las violencias instituida e intituyente. La cuestión de cuál es el registro de la acción en el que la violencia puede ser pensada exige una mirada histórico filosófica del derecho capaz de suscitar tal reflexión en el orden de la violencia históricamente reconocida. La dirección consumada por el análisis benjaminiano constata la tendencia a la disolución de los intentos destinados a la realización de fines naturales que utilicen la violencia en la medida en que tales fines no hayan sido ya sancionados por el derecho. El monopolio de la violencia por parte del derecho, al menos en su papel de catalizador, es más un intento por reproducirse a sí mismo, como tal monopolizador, que como la expresión de la defensa de los fines de derecho. Las razones de la condición de amenaza de la violencia para el derecho es lo que debe deducirse de la ambigua condición de los ámbitos en los cuales la violencia posee, a pesar de no estar contenida en el orden legal, cierto reconocimiento. Abandonar, sin más, el horizonte práctico de la tensión entre los extremos del par benjaminiano constituye un documento más de la derrota que Horowicz se propone explicar en los términos de un debate intelectual.

El factor literario, en tanto, posee un papel significativo en su obra. La dinámica que, en buena medida se espeja en la precedente cuestión sobre la violencia, se puede atisbar en la tensión entre dos modos de concebir la ley: la inscripción en el cuerpo de su dispositivo, del que nadie parece poder escapar, y la interpelación simbólica a su obediencia, en un gesto que presume imputar algo del orden de la voluntad del obligado por la norma. “En la colonia penitenciaria” y “Ante la ley” son los textos de Kafka que Horowicz repone a fin de auscultar el sentido de una práctica política revolucionaria de signo obrero, así como sus proyecciones teóricas.

> Solo la acción política restablece el valor de la teoría en tanto sistematización de las acciones precedentes, que permite/propicia/impone las debidas correcciones. La Comuna de París es la primera gran acción proletaria en la historia de la lucha de clases. Contiene el nacimiento del proletariado como sujeto sujetado que construye una opción. Entonces, observar con cierto detalle la genealogía de esta nueva modalidad de lucha, pone en valor cierta erudición (36-37).

La especificidad proletaria de la comuna parisina se expresa en su ejercicio de una democracia directa. Un viaje hacia atrás, de la índole del emprendido por Horowicz, en vistas de una comprensión profunda de la polémica de Lenin y Trotsky, constituye una fuente de evidencias acerca de la necesidad de revisitar un debate olvidado y reconstruirlo en sus múltiples aristas desde su "núcleo ocluído". Pero no porque, sin más, ello resulte en un modo más sofisticado de interpretación, sino porque, sobre la base de esta cognición, se puede pensar, como quiere Horowicz: "todo una vez más" (43).

Otro elemento literario que nos interesa destacar del ensayo de Horowicz es el referido al papel de la literatura rusa del siglo XIX y el desarrollo de una vanguardia política. Los vínculos entre Naródnaya Volia y aquella producción cultural evidencian que "en la batalla contra el zarismo la literatura importa" (110), no solamente porque ella pudiese oficiar de operadora de la voluntad política proto revolucionaria, sino porque desde algo más atrás, desde los comienzos del siglo XIX y los eventos suscitados por el movimiento decembrista, se puede reconocer en ella un compromiso emancipatorio, presente más en la forma que en su objeto -como lo demuestra la lectura posterior de Bajtin sobre Dostoyevski. Horowicz trae a cuento el manejo de estos dos registros en su valoración de *Los endemoniados*. De una comprensión lúcida de tales dimensiones de la producción literaria se puede derivar una explicación consistente de las condiciones de posibilidad de la episódica convergencia de vanguardia estética y vanguardia política. La interpretación de Nabokov sobre esta forma específica de articulación, en los términos de un doble filisteísmo -del zar y de sus críticos-, incurre en evidente anacronismo.

Horowicz interpreta los signos de la paulatina configuración de la trama que compone el imaginario revolucionario ruso en el juicio y muerte de Aleksandr Uliánov, el hermano de Lenin, en 1887, tras el fallido atentado contra el zar de ese mismo año. Este suceso atravesaría, presumiblemente, la biografía política de Lenin, pero permite, además, al menos en la potente mirada de Horowicz, reconocer en dicho evento una figura condensada de las diversas aristas del fenómeno. El alegato del fiscal Neklyudov es un documento impresionante, en el que Horowicz lee una inesperada polifonía. Es la

voz del Zar, del Estado, de su vector punitivo, claro; pero también, de los conflictos entre la burguesía urbana y el campesinado, entre jóvenes universitarios y sectores populares -cuyo malestar no alcanza a despejar una representación de los cambios políticos en términos de una amenaza potencialmente más ominosa que la autocracia-, entre los sectores más democráticos de la *intelligentsia* rusa y el Estado, entre un proyecto de educación popular y las demandas políticas de sus agentes -profesores y estudiantes-, entre la posibilidad de desarrollo capitalista y las potenciales impugnaciones liberales al régimen zarista, entre la matriz positivista de la ciencia de finales del siglo XIX y la pervivencia de una cultura política tradicional. La lista de voces, en cada caso expresiones de estas múltiples formas de tensión entre vectores divergentes de agencia política, es más larga que la serie que aquí cito, pero es suficiente para afirmar que el análisis de Horowicz es aquí particularmente agudo.

El reconocimiento de una anomalía en una determinada serie discursiva indica que es allí donde debe auscultarse la seria desde afuera. Si esta consigna es acometida como clave de lectura, su despliegue es "arqueológico", en la medida que determina los nudos en los que debemos buscar los tropos portadores de las huellas de las condiciones de producción de aquellos discursos. Horowicz revisita los desacuerdos teóricos, políticos y tácticos de Lenin y Trotsky desde el nudo configurado por el silencio de este último sobre tales desacuerdos. En efecto, si bien *Mi vida* y *La juventud de Lenin* son las fuentes que permiten iniciar esta revisión, ellas tienden a esquivar deliberadamente la explicitación de muchas de las razones de aquel desencuentro. Horowicz tira de los múltiples hilos de la trama con los que se reconstruye el episodio con notable profundidad. Pero este empuje analítico no se detiene en la reposición de la imagen total del acontecimiento estudiado, sino en sus proyecciones hacia atrás y hacia adelante en el tiempo.

Entre aquellas proyecciones hacia adelante del objeto de esta obra -que son muchas y, en cada caso, descriptas con precisión y narradas con fluidez-, destacaré, de modo completamente arbitrario, dos. En primer lugar, la divergencia entre las estrategias políticas de Palmiro Togliatti y de Mao. La hipótesis fuerte de Horowicz, derivada de su examen de los debates entre Lenin y Trotsky, es que la derrota de la revolución obrera

provino desde dentro de la Unión Soviética. Radicaría en la consagración del proyecto del llamado "camino nacional al socialismo". La operación es sinuosa, Horowicz intuye la deliberada oclusión, por parte de Trotsky en su *Lenin*, del elemento biográfico en la explicación del giro marxista de la intelectualidad rusa hacia 1890. No, sin más, en virtud de la preferencia por el registro economicista del análisis, sino porque aquel silencio es síntoma del ensombrecimiento deliberado de los vínculos del marxismo y de Lenin con el populismo ruso. Allí hay un nudo que atraviesa el despliegue del programa de la revolución, de su tono y sus constreñimientos. En buena medida, el completo desacople entre la revolución y sus antecedentes populistas, sostenidos desde los extremos opuestos del debate -Plejanov y Stalin- hacen que la dimensión revolucionaria del marxismo sea concebida como equivalente a un aspecto idiosincrático ruso, por un lado, y, por otro, que Trotsky se acerque en este punto, sin desearlo, a la posición de Stalin. El "camino nacional" podrá desplegarse al precio de vaciar la revolución. Así, Togliatti se ajustará a la estrategia del PC soviético, mientras Mao podrá hacer triunfar a la revolución cultural en virtud de su abierto distanciamiento con Moscú. En segundo lugar, un aspecto que explica la eficacia de dicho vaciamiento se nutre del ensombrecimiento de este fenómeno operado por el espejismo, al menos en su vector revolucionario, de la victoria en la II Guerra Mundial. En efecto, Horowicz colige que la derrota del impulso republicano de signo obrero en Europa posterior a 1917, exige una reinterpretación de aquella conflagración. Este déficit teórico constituye otro de los síntomas que debe examinar una teoría política revolucionaria si no quiere, como indica el autor de *Los dragones de Marx*, "atrasar siete décadas" (215). Uno de los aspectos que Horowicz destaca, en los términos de una proyección relevante de la derrota revolucionaria, es la convergencia, en ocasiones buscada, en otras no tanto, de dos agendas contrarrevolucionarias, la de Hitler y la de Stalin. El plexo en el que se despliegan los múltiples vectores de tal articulación incluye el aislamiento del KPD alemán de la socialdemocracia con la consecuente posibilitación del gobierno nacionalsocialista, pasando por la cooperación en la industria armamentística, los pactos geopolíticos, los descabezamientos paralelos de las SA y de sector muy amplio de la oficialidad del Ejército Rojo. La lista sigue. Los hechos aislados son conocidos, pero

Horowicz descubre la secreta trama de sus múltiples eslabones y su efecto es una imagen esclarecedora e inquietante, que permite una relectura de *La revolución traicionada,* abierta a la incorporación de otros factores. En el horizonte de esta renovada interpretación se configuran nuevas preguntas e hipótesis. ¿Esta singular convergencia contrarrevolucionaria de los regímenes nazi y stalinista podría explicar la ausencia de balances adecuados acerca de la II Guerra Mundial en la historiografía marxista? Horowicz repara en ello y lo asume con una perspectiva radical, que incluye el uso de alguna categoría vinculada a la historiografía revisionista alemana. Aquí los constreñimientos ideológicos del lenguaje académico de signo progresista no impiden a Horowicz avanzar en el reconocimiento de que en este punto hay algo que la derrota revolucionaria exige revisar.

Hay un elenco muy profuso de cuestiones descriptas y analizadas por Horowicz con una erudición impresionante, pero que, no obstante, no abruma a sus lectores con el aparato crítico que, efectivamente, cimenta una escritura muy potente, afirmativa. Este ejercicio de "elaboración política" de la derrota revolucionaria no se deja impregnar de la "melancolía de izquierda", tampoco es una retrospectiva iracunda de asignación fetichizante de responsabilidades. Es, por el contrario, un modo en el que el "pensar todo, una vez más" se vuelve fuerza ilocucionaria, en la que el acto es un modo implícito, firme, pero sosegado, crítico, pero luminoso, de convocatoria a la construcción colectiva de nuevos dragones.

Terminaré contraponiendo dos imágenes que representan de modo especular, pero invertidos sus objetos, un aspecto que oficia de centro gravitatorio de las discusiones entre Lenin y Trotsky, como es la relación de reciprocidad equivalente entre tres términos: las apelaciones a la acción en los discursos políticos, sus efectivas posibilidades de instrumentación material y la consciencia intersubjetiva de la agencia política. De un lado, la afirmación de Lenin "solo los tontos creen en las palabras" que Horowicz repone en esta discusión, aparecida en el artículo "Aventurerismo", de 1914, en el que el ruso cuestionaba los efectos políticos de las formas de interpelación, concebidas en ausencia de los instrumentos adecuados de consumación. La intuición de esa vacuidad retórica es atribuida por Lenin a las bases militantes. El desajuste es

reconocido con el pleno discernimiento de aquellas. La otra imagen es una escena icónica de la novela del período postrevolucionario mexicano *La sombra del caudillo* (1929), de Martín Luis Guzmán. La obra de Guzmán es una crítica formidable de algunas de las derivas de la Revolución Mexicana, en este caso, de las dramáticas intrigas suscitadas por la administración "bonapartista" de las coyunturas de sucesión presidencial. En una de sus escenas, Axkaná González, operador político principal del aspirante a la presidencia Ignacio Aguirre, ofrece un encendido discurso político ante los peones de una hacienda, convocados por la visita de ocasión. La factura retórica del discurso es impactante. El autor logra provocar en el lector la acumulación de tensión en torno a la potencial reacción de los interlocutores de Axkaná. El silencio finalmente se rompe cuando alguien grita, entre la muchedumbre, ¡Que viva el patroncito! Decimos que las imágenes son antagónicas porque en un caso se atribuye a las bases el grado más alto de consciencia, mientras que en el otro se revela la estructural heterogeneidad entre el código de la dirigencia política y las bases a las que presume representar. En ambos casos se reconoce una falta, en la primera imagen como discernimiento, en la segunda como perplejidad. Aquí disponemos de uno más de los hilos con los que hilvanar nuevas preguntas que habiliten un procesamiento fructífero de las derrotas revolucionarias.

La especificidad de la lectura que Horowicz ha hecho en *Los dragones de Marx* consiste en su propuesta de una superficie en la que el mapa del fenómeno se nutre, no solamente de la totalidad del plano, sino de su representación dimensional. Cada hilo del que tira exige la reposición de aquellas dimensiones. Y, en la trama articulada de dicho registro multidimensional, el debate entre Lenin y Trotsky bascula como centro y perímetro, según lo requiere una narración de enorme potencia y lucidez.